

iii.—Pág. 110. Hubiérase dicho que marchaban al martirio...

Se habrá podido notar que es el hermoso cuadro de Le-sueur.

iv.—Pág. 110. ¡Invención sublime de la caridad! etc.

«Se han visto prelados, que por falta de altar han consagrado en manos de los diáconos; y el ilustre mártir San Luciano de Antioquia consagró sobre su pecho por estar atado de manera que no podía moverse.» (FLEURY, *Cost. de los Crist.*)

v.—Pág. 111. Su friso estaba adornado...

No se ignora de qué modo Homero, Virgilio y el Tasso han utilizado estos pormenores poéticos. Los adornos que he puesto en los bajos relieves están sacados de la Historia Romana, y no les he dado una relación directa con la situación de Demócrito. Me ha parecido más natural seguir el ejemplo de Homero, que pinta escenas variadas en el escudo de Aquiles.

vi.—Pág. 112. Tímida cristiana.

El pequeño papel de Blanca se encuentra tal vez en la naturaleza. Se ven, especialmente entre el pueblo, un gran número de estas mujeres que tienen un corazón compasivo, pero cuyo carácter es débil y tímido, y que no se atreven, por decirlo así, á hacer buenas acciones, sino á escondidas. No se vaya á creer, no obstante, que todos los cristianos de esta época fuesen héroes, ni todas las cristianas heroínas. Hubo muchas caídas durante la persecución de Diocleciano. ¿Cómo se ha podido suponer, en vista de esto, que Cimodocea, que da su sangre con tanta sencillez, no manifiesta bastante valor?

vii.—Pág. 112. Fiesto siguiendo las fórmulas acostumbradas...

Hubiera yo tenido por un sacrilegio el cambiar ni una sola palabra de esta grande escena del martirio, en la que los testigos del Dios vivo fueron actores sublimes. He conservado, y he debido conservar la sencillez del diálogo, la magestad de las respuestas y la atrocidad de los tormentos. ¿Y por qué había de mostrarme más delicado que la pintura? Sin embargo he procurado atenuar el vivo colorido del cuadro, separando de la vista lo que podía revolver los sentidos como el olor de las carnes achicharradas, y otros mil pormenores que se leen en las historias. Por medio de comparaciones alegres, con la presencia de los ángeles y la especie de impasibilidad de Eudoro, he disminuido el horror del tormento. Desearia tener aquí por jueces á los hombres del arte, pues son los únicos que pueden conocer la dificultad del asunto. Remito al lector á las *Actas de los Mártires* recopiladas por Ruinart, y traducidas por Maupertuy, á la *Historia Eclesiástica* de Fleury, y á las *Memorias* de Tillemont.

viii.—Pág. 112. Observa con atención mi rostro.

Ya dije en el *Exámen*, que esta palabra de Eudoro era sacada de los *Macabeos*, y que un crítico me ha hecho el honor de creerla invención mía; esta palabra se encuentra en el martirio de Santa Perpétua. ¿No es también muy extraño que se haya ignorado que siempre precedía el tormento á la muerte de los cristianos acusados? Ha habido confesor á quien han dado tres ó cuatro veces tormento antes de condenarlo á muerte. ¿Qué se podrá pensar de aquellos que, tomando contra mí la *defensa de la religión*, muestran á la vez su ignorancia y su impiedad en las vergonzosas burlas que hacen sobre los padecimientos de los mártires?

xi.—Pág. 113. Eudoro en el discurso de sus gloriosas actas.

Aquí empieza el episodio del purgatorio, para cuyo trabajo no he tenido apoyo alguno, y todo ha tenido que salir de mí. El purgatorio del Dante no me ha presentado nada de que me haya podido aprovechar.

x.—Pág. 113. Llamada hermosa por los ángeles...

Son tan conocidas estas santas mujeres, que no se necesita hacer sobre ellas ningún comentario.

xi.—Pág. 113. El infierno que creyó en su asombro ver entrar la esperanza...

El Dante ha dicho:

Lasciaste ogni speranza, vïo ch'entrate.

xii.—Pág. 113. Cuanto más penetra...

Después de esta frase venia la descripción de la mansión de los sabios. Muchas personas han sido de opinión que yo hubiera podido, aun teológicamente, ser menos riguroso, y conservar este pedazo; pero no se debe discutir con la religión.

xiii.—Pág. 113. Los diferentes mundos, etc.

«Benedicite omnia opera Domini.» (Ps.)

xiv.—Pág. 110. Abrios...

«Attollite portas... Et elevamini porte aeternales.» (Ps. XXIII, 7), que Milton ha imitado tan bien.

¡Open, ye everlasting door!

xv.—Pág. 113. Nosotros te saludamos, María...

«Ave María.»

xvi.—Pág. 113. Bendita entre todas las mujeres. Refugio de los pecadores...

Benedicta tu in mulieribus; consolatrix afflictorum, refugium peccatorum.

¡Siempre muestras oraciones más sencillas dan los rasgos más nobles, más sublimes, ó más tiernos.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 114. Con una mano toma una de las siete copas de oro henchidas de la cólera de Dios...

No creo que me susciten altercados por este ángel, por las copas de oro, etc., á no ser que se haya también tomado todo esto por vanas imaginaciones mías. ¿No es vergonzoso el que unos hombres que la echan de críticos, ignoren sin embargo la religión en términos de no conocer las cosas más comunes? Imiten á Voltaire, y sino leen la Biblia como cristianos, estúdiennla á lo menos como literatos.

«Et unum de quatuor animalibus dedit septem Angelis septem phialas aureas plenas iracundiae Dei.» (Apocal. capítulo XV, v. 7).

ii.—Pág. 114. Con la otra empuña la espada...

«Factum est autem in noctis medio: percussit Dominus omne primogenitum in terrâ Egypti...»

«Et ortus est clamor magnus in Egypto.» (Exod., c. XII, v. 29 y 30).

«... Venit Angelus Domini et percussit in castris Assyriorum centum octoginta quinque milia.» (Reg., lib. IV, capítulo XIX, v. 35).

iii.—Pág. 114. La Hoz que vendimia y la Hoz que siega...

«Et alius Angelus exivit de templo, clamans voce magna ad sedentem super nubem: Mitte falcem tuam, et mete, quia venit hora ut metatur, quoniam aruit messis terræ.»

«Et alius Angelus exivit de altari, et clamavit...»

«Mitte falcem tuam acutam, et vindemia botros vineæ terræ.» (Apocal., cap. XIV, v. 15 y 18).

iv.—Pág. 114. El edicto te permite relegarla á lugares infames.

Es bien sabido que la horrible perversidad de los paganos los llevó hasta á hacer honrar á las vírgenes cristia-

nas, en las que la primera virtud era la castidad; y que se empleó muchas veces esta especie de martirio, como se ve en la *Historia Eclesiástica*. Tenemos una tragedia entera de Corneille fundada sobre este asunto; pero yo soio me he servido de este medio para poner á Eudoro en la mayor tentación y en la más acerba aflicción que puede experimentar un hombre.

v.—Pág. 114. Dió cuenta en estas palabras de su entrevista con Diocleciano:

Fue Maximiano quien instó á Diocleciano á que recobrase el Imperio, y á los diputados de Maximiano, dió Diocleciano la hermosa respuesta que todo el mundo conoce; «¡Ojalá que los que aquí os envían pudiesen ver, como vos ahora, las legumbres que cultivo con mis propias manos! etc.»

vi.—Pág. 115. El jardinero de Sidon...

Abdólónimo; los hermosos versos de Mr. Delille, conocidos en todo el mundo, hacen superfluos todos los pormenores.

En esta entrevista de Diocleciano y del mensajero de Eudoro, lo único histórico es la respuesta: Ojalá, etc.

vii.—Pág. 115. Los obispos y prácticos en el conocimiento... su valor.

Tal es la resignación y la fidelidad cristiana.

viii.—Pág. 116. La comida libre...

«La noche que precede inmediatamente al día de los espectáculos, hay la costumbre de dar á los que están condenados á las fieras, una cena, que se llama la Cena-Libre. Nuestros santos mártires cambiaron, en cuanto les fue posible, esta última cena en una comida de caridad. Toda la sala en que comían estaba llena de pueblo; y los mártires le dirigían de cuando en cuando la palabra... Estas palabras... llenaron de admiración y de espanto el alma de la mayor parte de aquellos idólatras... y se quedaron muchos para hacerse instruir, y creyeron en Jesucristo.» (Act. Mart., en Santa Perpétua).

ix.—Pág. 116. En medio de tan tierna escena vióse llegar á un esclavo...

He procurado hacer mi pintura de manera que pudiese pasar al lienzo sin confusión, sin desorden, y sin cambiar una sola de sus actitudes: el pueblo romano de rodillas, los soldados presentando las águilas; los viejos obispos sentados, cubriéndose la cabeza con una punta de su manto; á Eudoro en pie, sostenido por los centuriones, y dejando caer la copa en el momento en que pronuncia esta palabra: «¡Soy cristiano!» la diversidad de trajes, la agape servida bajo el vestíbulo de la prisión, etc.; todo esto podría tal vez animarse con el pincel de un pintor más diestro que yo:

LIBRO VIGÉSIMO TERCERO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 117. El espíritu de tinieblas desaparece...

Nada más común en los poetas que este resorte de una divinidad que toma la forma de un personaje conocido, para producir ó dirigir un acontecimiento: creo que no es necesario hacer ninguna cita.

ii.—Pág. 117. Su victoria sobre los partos.

Crevieres de parecer que Galerio celebró en efecto su triunfo sobre los partos. Esto presenta sin embargo algunas dificultades en crítica; pero yo he adoptado la opinión que más me ha convenido.

iii.—Pág. 117. Restableció las fiestas de Baco.

El año 568 de Roma, descubrió el Senado tales infamias en las fiestas de Baco, que las mandó suprimir.

iv.—Pág. 117. Las desnudas meretrices reunidas al son de la trompeta...

Esta descripción es histórica: solo he omitido algunos escándalos más chocantes. Hubo dos Floras: la primera esposa

de los Zéfiro, reina de las flores, y ninfa de las islas Afortunadas; y la segunda, cortesana romana, que legó su fortuna al pueblo, y cuyo culto criminal se confundió en breve con el culto inocente que se tributaba á la primera Flora.

«Pantomimus á pueritiâ patitur in corpore, ut artifex esse possit. Ipsa etiam prestibula publice libidinis hostiae in scena proferuntur; plus misera in praesentia feminarum, quibus solis latebant, perque omnis aetatis, omnis dignitatis ora transducuntur, locus, stipes, elogium, etiam quibus opus non est praedicatur. Taceo de reliquis, etiam quae in tenebris, et in speluncis suis delitescere decebat, ne diem contaminarent.» (TERUL., *de spect.*, cap. XVII).

«Celebrantur ergo alli ludi (Florales) cum omni lascivia convenientes memoriae meretricis. Nam praeter verborum licentiam, quibus obscenitas omnis effunditur, exnuntur etiam vestibus, populo flagitante, meretrices, quae tunc mimorum funguntur officio, et in conspectu populi usque ad satietatem impudicorum tuminum cum podendis motibus detinentur.» (LACTAN., *Div. Ins.*, lib. I, 20).

San Agustín habla también de estos juegos para anatematizarlos (epist. CCH.) Nadie ignora la anécdota de Catón, que hallándose un día presente á las fiestas de Flora, y viendo que no se atrevían, por respeto á su virtud, á dar principio á los excesos, se retiró por no interrumpir los placeres del pueblo. ¡Qué elogio de las costumbres de Catón! pero al mismo tiempo, ¡qué deplorable flaqueza de la moral pagana! Catón aprueba moralmente estos juegos, puesto que asiste á ellos; y las costumbres de este mismo Catón impiden que se principien estos juegos. (SEXEC., *epistola XLVII.*)

v.—Pág. 117. Odres y toneles...

He seguido en todos estos pormenores los diseños de las vasijas griegas, y los bajos relieves antiguos. Puede consultarse sobre esto á Cátulo, *Bodas de Tétis y de Peleo*; á Tácito, en *Claudio*, tratando de Mesalina; y á Eurípides, en *las Bacantes*.

vi.—Pág. 117. Cantemos á Evehé...

Este no es un cántico conocido; no es ni la oda de Horacio, ni el himno de Homero: es, sí, un cántico compuesto de diversas historias que tienen relación con Baco, y del elogio de la Italia por Virgilio. Tengo ya dicho que un crítico poco versado en la antigüedad podría equivocarse, por falta de atención, en estos pasajes de los *Mártires*, y caer en errores desagradables para él: por medio de estas notas se sabrá con quien se ha de hablar. Tampoco citaré las imitaciones, para no privar al lector del placer de buscarlas por sí mismo en los poetas que he citado: primero, Píndaro; y después, *Himno á Baco* atribuido á Homero; Eurípides, Cátulo, Horacio, Ovidio, y Virgilio in *Georg.*

vii.—Pág. 117. ¡Cuán tierno era, en medio del delirio de Roma pagana, ver á los cristianos...

Si se quiere responder de buena fe, ¿no lleva aquí ventaja el Cristianismo al Paganismo? Estas lágrimas de la desgracia, ¿no son preferibles, aun poéticamente, á esos gritos de alegría? ¿Hay por ventura algún lector que se sienta más interesado por el himno de Baco y las fiestas de Flora, que por las oraciones de los cristianos desventurados?

viii.—Pág. 118. Las respuestas y la magnanimidad de Eudoro...

Hay mil ejemplos de jueces, carceleros y aun verdugos, que se han convertido por las palabras y padecimientos de los cristianos á quienes perseguían.

ix.—Pág. 118. Los cristianos, cuya caridad...

Estas no son virtudes imaginarias; los cristianos fueron los primeros que socorrieron á los leprosos abandonados por las calles, llevándolos á los hospitales que edificaron para esta horrorosa enfermedad, y conocidos con el nombre de Leprosarios.

x.—Pág. 118. Y espiró.

Esta escena terrible de una alma que comparece ante el juicio de Dios, delineada en los sermonarios, no se había trasladado todavía, que yo sepa, á la epopeya cristiana: Aunque condeno á Hierócles; no he ido más lejos que el Dante, que encuentra en los infiernos á sus contemporáneos y hasta á un prelado que aun vivía.

xI.—Pág. 119. Habita el cielo una potencia divina...

Ficción que forma contraste con la escena precedente, y transición para volver del cielo á la tierra. Muchas veces se ha pintado la Esperanza, y yo me he arriesgado á hacer de ella un retrato nuevo.

xII.—Pág. 119. Una túnica azul...

San Crisóstomo describe así la vestidura de las vírgenes de su tiempo: «Una túnica azul sujeta con un cinturón, zapatos negros y puntiagudos, un velo blanco sobre la frente y un manto negro que les cubría la cabeza y todo el cuerpo. Las pinturas que se hacen de la Virgen parece sacar su origen de esto.» (FLEURI, *Cost. Crist.*, cap. LII.)

xIII.—Pág. 119. Marcia...

Es uno de los mejores trozos de Lucano:

Sicut erat, moesti servans Iugubria cultus
Quoque modo natos, hoc est amplexa maritum.
Obsita funerea celatur purpura lana.
Non soliti lucere sales, nec more Sabino
Excepit tristis convicia fasta maritus
Pignora nulla domus: nullis coire propinquit.
Junguntur, taciti contentique auspice Bruto

(LUCAN., *Phars.*, lib. II.)

xIV.—Pág. 119. Raudos bajeles de la Ausonia...

Este cántico es tal vez el pedazo en que mas cuidado y estudio he puesto en toda la obra. Yo hubiera deseado que la canción de muerte de mi jóven Griega fuese tan suave como su voz, y tan armoniosa como la lengua en que se supone que habla Cimodocea. Esta especie de himno fúnebre es del gusto de la antigüedad homérica. ¿Cómo hubiera podido Cimodocea cantar sus pesares con una lira cristiana? Sola, sumida en un calabozo, sin maestro, sin instruccion, sin guía, deben resentirse necesariamente sus sentimientos de los errores de su primera educación; mas no obstante ella conoce que peca, y se reprende inocentemente un lenguaje que su ignorancia disculpa.

xV.—Pág. 121. Yo te saludo sagrada túnica.

Después de haber visto la mujer se encuentra la cristiana.

xVI.—Pág. 121. Los confesores admiraban á los fieles... no deseaban ver correr la sangre de sus hermanos.

Lejos de querer que se espusiesen al martirio, la Iglesia condenaba á los que se entregaban á él inútilmente, y aconsejaba la fuga en caso de persecucion. (Véase á SAN CIPRIANO.)

xVII.—Pág. 122. En la vertiente del monte Esquilino se elevaba un retiro habitado en otro tiempo por Virgilio...

Me han enseñado, estando en Roma, las supuestas ruinas de esta casa.

xVIII.—Pág. 122. Un laurel...

He colocado en la puerta de la casa de Virgilio el laurel que está pintado en Nápoles sobre su sepulcro.

xIX.—Pág. 122. Abjura esos altares...

Esta es la prueba mas terrible que habia sufrido Cimodocea. Todo se le debe perdonar, puesto que es tan fuerte que no sucumbe á los ruegos de su padre: Santa Perpétua pasó por la misma prueba.

xx.—Pág. 122. Ostentando el cetro de oro...

Como mi parecer particular no obliga á nadie á aprobar lo que escribo, diré que este ángel del sueño es, entre todas las ficciones de los Mártires, la que prefiero, y la que he compuesto con mas gusto. No puedo menos de creer que un hombre, con mas talento que yo, podría sacar, de la acción de los ángeles y de los santos, un género de bellezas que igualaría cuando menos las oraciones mitológicas. No es decir

que yo condene estas, sino solo añadir algo mas á las riquezas de los poetas.

LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 123. Desde la cintura hasta la cabeza...

Los pormenores de esta enfermedad de Galerio son históricos, y no he hecho mas que traducir á Lactancio (*de Mor. Persecut.*) La respuesta del médico, que refiero mas abajo en mi testo, es igualmente cierta.

II.—Pág. 123. Esta franqueza causó á Galerio temibles arranques...

No fue siempre así: sujetado Galerio por la ira celeste, dió edictos en favor de los cristianos: pero ya fue tarde, y la mano de Dios, no se retiró de encima de la cabeza del perseguidor.

III.—Pág. 123. Los distantes montes lejanos de la Sabina...

Este hermoso color de montañas de Sabina lo han podido notar cuantos han hecho el viaje á Poma.

IV.—Pág. 123. Otra... una sombrilla.

Especie de sombrero romano para guardarse del sol.

V.—Pág. 124. La muchedumbre vomitada por los pórticos...

Las aberturas por donde entraba la turba en el teatro se llamaban vomitorios. Yo he hecho esta descripción en vista del conocimiento que tengo del coliseo de Roma, de las arenas de Nimes, y del anfiteatro de Verona. En cuanto á las verjas de oro, á las aguas perfumadas, estatuas, pinturas, vasos preciosos, etc., se pueden consultar la mayor parte de los historiadores latinos; y Gibbon (*Fall of the Roman Empire*) ha reunido las autoridades. Algunas veces hacían parecer hipopótamos y cocodrilos en los canales que habia alrededor de la arena; en cuanto al número de leones, no me hubiera atrevido á fijarlo á quinientos, si no lo hubiese encontrado referido en una descripción de los juegos. Las cavernas en que encerraban las fieras, tenían dos salidas; una al exterior, y otra al interior del edificio. Había ciertas bóvedas (*foveas*) que servían de lugares de prostitucion. (HORACIO.)

VI.—Pág. 125. En los infaustos días de Neron...

En una fiesta que dió Tigelino á Neron, se presentaron las primeras damas romanas confundidas en los palcos con las cortesanas enteramente desnudas.

VII.—Pág. 126. Una frente de diamante...

Escritura. Este versículo se lee aun en el día en las *Fiestas de los Mártires*.

VIII.—Pág. 126. Compuesto en Cartago por Agustín, amigo de Eudoro.

Yo he seguido una tradición que atribuye el *Te Deum* á San Agustín. Así, de los dos amigos de la juventud de Eudoro, el uno le envía su esposa cristiana para morir con él, y el otro compone un himno para su muerte.

IX.—Pág. 126. EUDORO CRISTIANO.

Hicieronle dar vuelta al anfiteatro, con un letrado delante, en el que estaban escritas estas palabras en latín: «Atalo cristiano.» (Martirio de San Potino, *Actas de los Mártires*, tomo I, pág. 88.)

X.—Pág. 126. ¡Oh Roma! ¡Veo á un príncipe...

He aquí bien anunciado, me parece el reinado de Constantino y el triunfo de la religion, y esta profecía se encuentra bien colocada en boca de Eudoro.

XI.—Pág. 126. No habreis de emplear...

Alusion á la muerte de Vitelo. Los soldados le picaban la barba con la punta de sus espadas para obligarle á levantar la cabeza.

XII.—Pág. 126. La única que habia quedado...

Pequeña circunstancia preparada ya desde mucho tiempo en el libro IX.

XIII.—Pág. 126. Los gladiadores quisieron...

«Luego que llegaron á las puertas del anfiteatro, quisieron ponerles la vestidura consagrada por los paganos para sus sacrilegas ceremonias: á los hombres la túnica de los sacerdotes de Saturno, etc.» (*Act. Mart.*, in Sanct. Perpet.)

XIV.—Pág. 126. Le reproduce el presentimiento que en otro tiempo...

Véase el fin del libro IV.

XV.—Pág. 126. El emperador no habia llegado aun...

Esto da tiempo para volver á Cimodocea, y para ver el cumplimiento de la escena que pasa en el cielo, mientras que esta misma escena se acaba sobre la tierra.

XVI.—Pág. 127. Y tu honor de la piadosa y fiel ciudad...

San Polin y San Ireneo, en Leon de Francia.

XVII.—Pág. 127. Agregaron á estos metales tres destellos de la venganza eterna...

Con esto se ve que no hay belleza alguna en la mitología de los antiguos que nose pueda trasladar á lo maravilloso cristiano. Véase á Virgilio, sobre los rayos de Júpiter.

XVIII.—Pág. 127. El arcángel pone un pié sobre el mar y otro sobre la tierra.

«Et vidi alium angelum fortem descendentem de celo... Et posuit pedem suum dextrum super mare, sinistrum autem super terram.» (*Apocal.*, cap. X, v. 1 y 2).

XIX.—Pág. 127. Vuelve á el pozo del abismo, donde serás encadenado por espacio de mil años...

«Et vidi angelum descendentem de celo, habentem clavem abyssi et catenam magnam in manu sua et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus et Satanás, et ligavit eum per annos mille.» (*Apocal.*, cap. IX, v. 1 y 2). Aquí acaba la acción sobrenatural: Satanás, Astarte, el demonio de la falsa sabiduría y el del homicidio, quedan sepultados en el abismo; así va conociendo el lector la suerte de todos los personajes sobrenaturales y humanos á quienes ha visto figurar en la obra.

XX.—Pág. 127. Levanta la cabeza, y ve al ejército de los Mártires...

El original de este cuadro se encuentra en Homero, cuando pinta á los dioses destruyendo las murallas de los griegos. Virgilio lo ha imitado en el libro II de la *Encida*, donde supone que Eneas ve á los dioses minando los cimientos de Troya y del palacio de Priamo. El Taso muestra las milicias celestes dando el último asalto á Jerusalén, con los cruzados vencedores. En fin, yo me he servido tambien de la misma imagen para representar la caída de los templos de la idolatría.

XXI.—Pág. 127. Una escalera maravillosa...

«Percibi una escalera de oro, de prodigiosa altura, que llegaba desde la tierra hasta el cielo... Asture subió por ella primero... Habiendo llegado felizmente á lo alto de la escalera, se vuelve hácia mí, y me dice: Perpétua, os espero...» (*Act.*, *Mártir*, in Sancta Perpétua.)

XXII.—Pág. 127. Puede reprimir los sollozos... la piedad filial...

Una jóven de diez y seis años que se ve espuesta á una prueba semejante, y que la supera con valor, no puede til darse de flaqueza. Confieso que yo no tendria una opinion muy ventajosa del juicio y aun del valor de los cristianos que exigiesen mayor heroismo, la exageracion en todo indica debilidad:

Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable.

Por otra parte, no creo nos estuviese bien ahora el aparentar rigorismo en materia de religion; sondeemos bien nuestros corazones, veamos lo que somos, y en seguida podremos juzgar á Cimodocea.

XXIII.—Pág. 128. He leído en tus libros santos...

Si la hija de Homero no conoce todavia bastante bien la Religion Cristiana, sabe por lo menos lo que ha menester para morir.

XXIV.—Pág. 128. Saca de su dedo un anillo...

«En seguida quitándose un anillo de su dedo, lo empapa en su sangre, y dándosele á Pudens, le dice: recibido como una prenda de nuestra amistad, y que la sangre de que está teñido os haga acordar de la que derramo hoy por Jesucristo.» (*Act. Martir*, in Sancta Perpétua.)

XXV.—Pág. 128. Demodoco va á conocer la verdadera luz...

Profecía de Eudoro, que indica el fin de Demodoco, y deja tranquilo al lector sobre el destino de este desgraciado anciano.

XXVI.—Pág. 128. ¡Oh Cimodocea! ya te habia predicho...

En el libro XV, cuando la separacion de los dos esposos en Atenas.

XXVII.—Pág. 128. Soy cristiano que pide el combate.

Nada era mas comun entonces que el ver á los cristianos denunciarse repentinamente á sí mismos, á la vista de los tormentos que sufrían sus hermanos. Doroteo muere aquí como Policutes, derribando los ídolos: el ardor de su celo, sus imprecaciones contra los ídolos y los idólatras, forman contraste con la paciencia, la resignacion y la moderacion de Eudoro.

XXVIII.—Pág. 129. Bájase el puente que establecía la comunicacion entre el palacio...

Dicen que Tito pasaba de su palacio al anfiteatro por un puente que bajaban cuando llegaba este caso. Enseñase en Roma á todos los viajeros el paraje en que caía este puente sobre el muro del coliseo.

XXIX.—Pág. 129. Temia que una muerte tan casta...

Algunas personas hubieran deseado que Eudoro no profriese esta especie de último suspiro de la flaqueza humana: pareceme, al contrario, que la acción de Eudoro está conforme con la naturaleza, sin ofender la religion. Cuando Santa Perpétua se encaminaba al martirio, «tenia los ojos bajos, dicen las *Actas*, por el temor de que su peregrina hermosura causara, contra su voluntad, los efectos maravillosos, que como se sabe, son capaces de causar unos hermosos ojos.» (*Act. Martir*, in Sanct. Perpet., trad. de Maupertuy, tomo I, pág. 163.) Yo pienso que esto me justifica bastante bajo todos los respectos religiosos; pues igual sentimiento esperimen-